

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

1847

OJEADA

SOBRE

LA BIBLIOGRAFÍA,

y

EL BIBLIOTECARIO.

*Traducida, tiempo ha, solo para si, y publicada ahora, un Español que no
cede á ninguno en deseos de que su Patria sea tan sabia y feliz como puede
y debe serlo.*



MADRID:

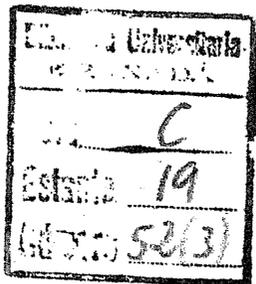
IMPRENTA DE DON EUSEBIO AGUADO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

1835.



R. 1970



OJEADA

SOBRE

LA BIBLIOGRAFÍA,

Y

EL BIBLIOTECARIO.

Traducida, tiempo ha, solo para sí, y publicada ahora, un Español que no cede á ninguno en deseos de que su Patria sea tan sabia y feliz como puede y debe serlo.



MADRID:

IMPRENTA DE DON EUSEBIO AGUADO,

IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1835.

1524



A

LA REAL BIBLIOTECA PÚBLICA

DE S. M.

El Traductor-Editor



LA segur del tiempo, arrebatando los grandes hombres, se lanzó y lanza no pocas veces con sus agudos destructores filos sobre las producciones del ingenio.

Si se consultan los fastos y anales del mundo, si valen algo los inciertos documentos de la historia, veráse que no fue la infancia del globo la época en que los griegos, salvages errantes, recibieron como deidades á aquellos que les enseñaron las primeras formas de gobierno, y los groseros é informes ensayos de las artes y las ciencias; de las ciencias y las artes que los nietos de aquellos mismos griegos mas adelante mejoraron, perfeccionaron y extendieron con tanta gloria y esplendor.

Pudo parecer que la creacion empezaba en ciertos pueblos cuando ya muchas y célebres naciones existieran, brillaran y desaparecieran en medio de las revoluciones y los siglos. La ciencia de los monumentos, que á la historia y á la filosofía toca transmitir y conservar, faltaba; y por consiguiente eran desconocidos los instru-

*

mentos y medios de luchar con buen suceso contra los esfuerzos poderosos del tiempo, que todo lo confunde y acaba.

¡ Por cuántos y cuántos siglos estuvo la tierra contemplando, criando, reproduciendo innumerables generaciones de indios, chinos, caldeos, egipcios, titanes, escitas, fenicios, hebreos! ¡ Y cuántas y cuántas mas antes de aquellas! Sin embargo, nada se sabe positivamente de las unas, y á muy pocas y breves páginas se reduce cuanto hay de cierto sobre las otras; y aun para eso ha sido preciso sorprender y arrancar al tiempo este secreto, antes de entrar en la carrera del mundo conocido.

No es facil penetrar si, y cuando acabarán las revoluciones físicas y morales del globo: pero quizás puede asegurarse que, sean las que fueren, nada podrán ya contra los capítulos mas interesantes y esenciales de la historia del género humano, como que se apoyan y estriban en bases sólidas, estables é indestructibles.

Sé que graves, eminentes escritores se ocuparon felizmente en averiguar cómo el hombre á fuerza de ensayos y tentativas llegó á procurarse una verdadera inmortalidad: y con todo me atrevo á publicar esta rápida ojeada, pero sin ninguna pretension, sin ambicion de ningun género.

PRIMERA PARTE.

Es la imprenta en la dilatada esfera del entendimiento humano lo que la naturaleza en el planeta que habitamos. Esta multiplica los seres sujetos á su triple imperio, como aquélla las producciones del espíritu, con una prodigalidad inagotable. ¿ Y quién no vé que cuantos mas gérmenes siembre la naturaleza en los inmensos campos de la vida, tanto mas se necesita el hilo de la historia natural, que como el de Ariadna, dirija y guie los pasos del ansioso observador por tan admirable y eterno laberinto?

Rica y pródiga la imprenta, ahogaríanos, cierto, bajo el peso de sus inmensas riquezas si no se hubiese hallado el medio, el arte de sujetarlas á un orden que aumenta en gran manera su valor; la bibliografía.

Si el hombre llegó á conocer los verdaderos principios, y las conveniencias y ventajas de la sociabilidad: si consiguió aprovecharse de las artes, de la industria, del ingenio hasta alcanzar el punto y grado de perfeccion que le constituye tan superior al salvaje, como éste lo es respecto de la

(8)

ostra : si ha podido producir y conservar los títulos que atestiguan y comprueban su dignidad, su nobleza, sus derechos : si está en estado de consultar cuando quiera el gran libro de la experiencia en el rápido curso de los siglos, ¿quién osará dudar que lo debe todo á la bibliografía ?

Si en medio de los crímenes que por corrompidos y corruptores principios no escasearon los genios del mal y los hombres de sangre que presiden siempre, y casi en todas partes, á la organizacion social, hubo y hay quien ansie y guste solo de los legítimos y santos placeres que no se hallan sino en el ejercicio de las virtudes, sin las cuales no existe ni puede haber prosperidad verdadera : si el hombre retirado del bullicio y la vana agitacion de las grandes sociedades, aprendió en el seno de su envidiable obscuridad á preferir su estado y suerte á la de los locamente engreidos magnates y poderosos de la tierra : si estos en medio mismo de su pompa y devaneos oyen á cada instante sin cesar mil y mil gritos que les recuerdan la grave, tremenda obligacion de refrenar su insano orgullo, y contribuir con sus riquezas á la felicidad de sus conciudadanos, como que para este fin y digno objeto, y con esta condicion son grandes y poderosos : si el literato adquiere en meses conocimientos que costaron años,

(9)

y muchos, de estudio y trabajos : si el artista se ve cercado de competidores, de modelos que le estimulan y guian á la perfeccion de sus obras : si el propietario, el negociante opulento sabe y comprende que hay métodos y medios sabios, deliciosos, felices para hacer que su capital y opulencia produzcan mayores y mas legítimas utilidades y provecho : si el joven aprende á sentir y á anteponer las puras é inocentes delicias á las criminales y falsas que le afean y corrompen : si huye, si detesta los juegos, las ocupaciones peligrosas é inútiles y busca con ansia y noble afan los medios de tener á raya y contrapesar las turbulentas enemigas pasiones : si el anciano en los instantes mismos que está mirando abierta su tumba experimenta un dulce gozo repasando los siglos que deja atrás, y en el mismo borde del sepulcro se consuela aun con la imagen y grandioso espectáculo de los tiempos, los pueblos, las generaciones que se han sucedido y suceden con celeridad prodigiosa en la carrera inmensurable de la existencia, ¿á quién se debe todo esto sino á la bibliografía ?

En fin, si en vez de repetir con tetricos y mal contentos moralistas que el mundo va corrompiéndose cada dia mas y mas, se está descubriendo ya en el porvenir, aunque por desgracia algo lejano quizás, la rara y dichosa época en que la fi-

(10)

los oía y la razón harán oír y respetar del uno al otro polo su voz adorable, Augusta: en que la santa verdad confundirá la infernal hidra del error: en que la libertad de los pueblos, unidos todos como hermanos entre sí por vínculos y pactos indisolubles, se colocará fuera del alcance y tiros de las revoluciones, que entre angustias, quebrantos y pérdidas irreparables devoran generaciones enteras: en que la moral del cielo echará á tierra, destruirá de una vez los altares que las falsas religiones y la nefanda superstición erigieron y cubrieron de sangre; y en lugar de ellos, establecerá el verdadero culto sencillo, puro, simple y uniforme de las virtudes que emanan del Eterno, y como tales son las únicas útiles, necesarias y amigas del hombre; y por decirlo de una vez, en que las barreras, los ominosos muros que separan las naciones se arrasarán y desaparecerán de la faz de la tierra, ¿de quién sino de la bibliografía pueden y deben esperarse tantos bienes y tan preciosos beneficios?

Buscáronlos ahincadamente todos los antiguos pueblos, y búscanlos los modernos todos que saben pensar. Harto notorio es, y nadie ignora que el rey Osimandes destinó las mejores salas de lo interior del palacio mas suntuoso de Egipto para alojar la biblioteca primera del universo, y que sobre la puerta de este alcazar Augusto de las

(11)

ciencias se leían las equivalentes de estas muy notables palabras: "*Farmacia del alma.*"

Si entre los tiranos usurpadores del poder supremo hay alguno que pueda presentarse á la memoria del hombre libre sin todo el lleno y suma del horror y execración que merecen, es sin duda Pisístrato, que no solamente respetó la persona de Solon cuando destruía su grande obra, sino que ha sido el primero que dió á los atenienses una riquísima biblioteca. El mismo Xerxes, aquel imbecil que tan locamente envidiaba las glorias de Atenas, supo respetar (¡parecerá increíble!) aquella biblioteca, é hizo trasladar con el mayor esmero á Persia, de donde fue restituida despues por los Seleucianos al sagrado recinto de su primitiva patria. ¡Eterno honor y gloria á la tierra inmortal de la Grecia, tierra clásica del saber y de las artes!

En ella los déspotas mismos, esclavos á la vez de la pública opinion, por mas que les pesase, se gloriaban de conservar y engrandecer los depósitos de las ciencias, reconociendo así tácitamente los crímenes de la tiranía, los derechos inviolables de los pueblos, y los principios sacrosantos de la libertad.

Los mas poderosos príncipes no tenían por la menos brillante de sus empresas, y de las que se abandonaban á su ambición y poder, la de pro-



(12)

curar y adquirir colecciones de obras literarias; y los hombres mas célebres, despues de sacar de ellas la mejor parte de su mérito, cifraban su mayor gloria y las delicias de su corazon en aumentar los manantiales de la bibliografía. Alejandro, nutrido con las sustancias y frutos mas sazonados de todas las bellas artes de Grecia, consagró una de las mas preciosas joyas de los monarcas de Persia para custodiar la Iliada, y empleó sus tesoros y los talentos de su inmortal preceptor para reunir las obras de la naturaleza y de la filosofía, esparcidas por todos los puntos de la tierra que recorriera en triunfo.

Sus dignos sucesores en Egipto, los Ptolomeos, se inmortalizaron por la coleccion bibliográfica tan celebrada, la biblioteca de Alejandría. ¡Cuántas lágrimas costaron y cuestan, aun despues de diez y nueve siglos, las impías y aun mas que impías infernales llamas que devoraron y consumieron aquella biblioteca, bajo el triunvirato de Cesar y Pompeyo; y en época muy posterior, cuando de sus ricos y preciosos despojos se formó la nueva coleccion, cuyos volúmenes sirvieron de leña á las nefandas piras encendidas á soplos del fanatismo del brutal y feroz Omar! ¡Oh! apartemos la vista del afrentoso cuadro de los horrores y excesos del despotismo y la supersticion, implacables, enemigos eternos de las ciencias y las na-

(13)

ciones, para contemplar, aunque de paso no mas, á los amigos ilustres, á los ilustres fundadores de los bibliográficos monumentos.

Aparécese en las riberas de la Propóntide el sabio Philetero, gefe de los Attalidas, formando un brillante imperio, y reuniendo la biblioteca de Pérgamo, que enseñó al célebre Attalo el secreto hermoso de ser mas feliz sobre el trono con las riquezas del alma, que con los tesoros adquiridos por su constante economía. Paulo Emilio, filósofo y guerrero, vence al malhadado Perseo, último rey de Macedonia: preséntanle infinitas riquezas; manda que se lleven todas al tesoro público: pero la biblioteca quiso y ordenó que se trasladase íntegra á Roma, como la mejor y mas grande herencia que podia legar á sus hijos. Este poderoso ejemplo, y las circunstancias de la época, contribuyeron á multiplicar los libros en Roma; y de esta manera se engendró, por decirlo asi, el gusto y amor á la bibliografía.

¿Quién no oyó encarecer y admirar las inmensas riquezas y suntuosa mesa de Luculo? ¿Y quién ignora que este sabio general debió al amor y estudio de los libros sus militares sucesos, y á su vasta biblioteca el ilustre y buen nombre que dejó entre los mas célebres y distinguidos personajes de la república romana? A su vasta

*

biblioteca, sí, en la que se sepultaban frecuentemente Tulio y Caton, quien en medio de tantos volúmenes parecia un *helluo librorum*, en frase del mismo Tulio, el cual no se avergüenza de confesar que ahorrraba cuanto podia para comprar la librería de su amigo Attico.

Amaba Pompeyo con pasion los libros; y viendo un dia los de un pedagogo, y por ellos su mal gusto y eleccion, le privó del magisterio. Asinio Polion, aquel sabio y virtuoso republicano no menos que capitán ilustre, fue el primero á quien Roma debió sus públicas bibliotecas; y en el seno de la suya, muy rica de libros raros y preciosos, olvidó la grandeza y el brillo de los altos empleos, y despreció la amistad de Octavio; de aquel Octavio, que despues de haber usurpado el imperio, creyó reparar los crímenes del triunvirato protegiendo las ciencias y los sabios, y reuniendo grandes colecciones literarias, con las que formó una biblioteca pública en el templo Palatino.

Con la decadencia del imperio, principia á extinguirse el gusto de la bibliografía. Enjambres de bárbaros llevan por do quiera el hierro, el fuego, la esclavitud, la muerte, y por colmo de males la ignorancia, que unida al error, su natural compañero, es mas fatal, mas funesta que todas las plagas, los azotes todos. Ciérranse las

fuentes de la bibliografía, y envenénanlas ademas la tiranía y la supersticion.

A pesar de los loables esfuerzos de Carlo Magno en favor de las letras, cayeron y quedaron bajo la tutela y á discrecion de unos cuantos enemigos, por interes ó sistema, de la razon y la filosofía. Estaba entonces el arte de leer y escribir como vinculado, y era casi una propiedad y privilegio exclusivo de un corto número de monasterios. Asi de dia en dia iba perdiendo la bibliografía sus antiguas riquezas: tanto mas cuanto solo los príncipes y poderosos podian llegar á adquirir manuscritos, pues que un códice de muy pocas hojas se pagaba á peso de oro. Antonio de Palermo vendió su casa para comprar un solo Tito Livio. Fuera de esto ciertas sutilezas místicas eran la ocupacion, si no única, favorita y preferente de los cenobitas de entonces; y no solo las grandes obras, los ejemplares griegos y romanos estaban arrinconados en bibliotecas informes, sino que los prelados de los monasterios y sus súbditos, siguiendo el ejemplo del primer Gregorio, se gloriaban de destruir todo lo que entre ellos se llamaba y olia á *Autor pagano*. Asi fue que los escritos mas célebres han sido mutilados, y estuvieron á punto de perder para siempre el lugar que ocupar debian y les estaba señalado en el templo de la inmortalidad. ¡ Ah!

(16)

¿y los tesoros que se salvaron de tan terrible y tremenda persecucion, serán suficientes para consolar é indemnizar á la bibliografía de los que perdió y perecieron en aquella?

En medio de tanto mal y calamidades tantas, un rayo de dulce esperanza brilla á los ojos de los filósofos. Con la caída del imperio de Oriente derrámase por la Europa un gran número de sabios. Ya se abren los manantiales de la ciencia. Los árabes henchidos de riquezas, fruto de sus victorias y dilatado comercio; estos árabes, saciados de lujo, no son ya como sus abuelos, torpes satélites del fanático Omar; son, sí, los amigos, idólatras de las bellas artes. De las manos de estos comerciantes generosos las tres partes del mundo conocido reciben las semillas fecundísimas de la filosofía, y el culto apacible de las musas y de los talentos amables.

Aparece en fin Guttemberg con sus inmortales compañeros, y con ellos los primeros monumentos tipográficos, que exceden en belleza á la escritura del siglo XIV, y son todavía y serán siempre objetos dignos de la admiracion y respeto de todos los maestros del arte de imprimir. Grábense los venerandos nombres de aquellos en el templo de la memoria, y sean eternamente queridos y amados de todos los amigos de la bibliografía.

Ya se eleva y remonta el espíritu humano,

(17)

y ya tiembla y brama la ignorancia viendo que huyen como espantadas las negras sombras, tras las cuales se abrigaba y escondía. Auméntanse los manantiales de las ciencias: sus antiguos depositarios no son ya para la Europa lo que allá en Egipto fueron los misteriosos hierofantas. Los estados, las clases todas se dedican y consagran al estudio: las universidades, colegios, academias y sociedades abren las puertas de la instruccion general. La ciencia llama á las ciencias: los nobles, que antes se vanagloriaban y envanecian de su ignorancia, y de no saber firmar su nombre, adornan ya sus palacios con colecciones bibliográficas.

Funda Carlos VIII la biblioteca del colegio de Navarra, la mas antigua que se conoce en la Francia literaria; y el cardenal d'Ailly, educado en aquel colegio, le lega una gran parte de sus bienes, y de todos el mas precioso: su biblioteca. Francisco I, justamente llamado el padre de las letras y las artes, el que como de igual á igual trataba al célebre Rafael, erigió el colegio real y la biblioteca, que ha sido el primer seguro y mas sólido cimiento de la real y pública de París.

Pero ¡oh moral! ¡oh tiempos! declárase á la bibliografía guerra de muerte. La filosofía, lejos de presidir como debiera á la formacion de las colecciones bibliográficas, gemia bajo el duro inso-



portable peso de los sistemas de proscripción , mas funestos para los progresos de la bibliografía que las hogueras encendidas con aquellos millares de volúmenes á cuyas llamas se calentaron por espacio de seis meses los baños de Alejandría.

Armase en el ínterin una potencia moral: hace frente á la persecucion y á la intolerancia, y en los índices espurgatorios halla medios y hasta guias seguras para reconocer y buscar las producciones del espíritu, que la tiranía y el despotismo pretendian aniquilar. Asi, y en medio de las deplorables divisiones que por espacio de dos siglos causaron tantos males, daños y desgracias á nuestros abuelos, la filosofía y la opinion, preparando en silencio los oportunos remedios para curar las dolencias, los achaques del espíritu humano, reunieron y conservaron en las bibliotecas los gefes de los diversos partidos en las obras preciosas que llenaban de recelos, cuidados y temores á la intolerancia, que supo y pudo sacrificar no pocas víctimas ilustres con la revocacion del edicto de Nantes.

Por fin, á pesar de los pesares y esfuerzos de la supersticion y el fanatismo, la imprenta deramaba cada dia mas y mas torrentes de luz, y en los siglos XV y XVI salen de la obscuridad en que yacian las obras de los antiguos, y se multiplican abundantísimamente. Las escuelas

de Platon, Aristóteles, Séneca, Plutarco y Quintiliano distribuyen y regalan con pródiga mano á la Europa sabios profundos: y si la bibliografía se vió entonces cargada de informes y voluminosas producciones, á par de ellas halló tambien, cuando menos, laboriosos é infatigables escritores que recogieron nimia y religiosamente todo cuanto la docta antigüedad nos transmitiera en medio de las revoluciones de los siglos y las ruinas de los imperios.

El siglo XVII fue para la bibliografía un siglo de conquista; mejor diré, de muy abundante y rica cosecha. Los imperios de Europa, ciudades, villas, lugares, las sociedades todas tuvieron bibliotecas: y lo que el siglo anterior presentara como un prodigio en la familia de los sabios Fugger (en la cual se distinguió el Uldrico, como quien contaba en su coleccion un número de volúmenes igual al de las estrellas), fue comun y casi necesario á cuantos gozaban de mediana fortuna y conveniencias.

¿Y qué diremos del siglo XVIII en que las fuentes de la bibliografía abiertas por todas partes, llaman y convidan á los niños con la leche de las ciencias, y les dan medios fáciles y seguros para ser á los diez y ocho años mas ricos en ideas que lo era en palabras el famoso Pico de la Mirandola, y para disputar sus títulos á Dempster?

(20)

Detengámonos aquí un momento á bendecir, y bendigamos los destinos, los decretos eternos, las causas, los sucesos y acontecimientos que desde fines del siglo próximo pasado hasta el día empeñaron y empeñan la atención toda del mundo, y dieron á la bibliografía y la darán aún mas latitud y libertad; la libertad que desde muy atrás reclamó y reclamará siempre la filosofía. Ya nunca mas se embargarán ni estancarán ciertas fuentes del saber: el despotismo y la superstición ya no tornarán á levantar nuevas barreras, muros de bronce, como los que separaron por tantos siglos las naciones, los hombres y los libros; y nunca, nunca se forzará ya mas á los Galilei á abjurar la verdad y pedir perdón de haber sorprendido á la naturaleza en sus secretos, ni á los Descartes á buscar una nueva patria en las ajenas.



(21)

SEGUNDA PARTE.

Cuando los sagrados depósitos de la bibliografía estan presididos y al cuidado de ilustrados y celosos directores, reciben y adquieren por varios modos un nuevo y alto grado de utilidad. Una biblioteca pública es (permítaseme la comparación) como las minas del Potosí que encierran en sus entrañas metales que provocan, alimentan y nutren la industria de las naciones: y así el bibliotecario habrá de ser como el habil mineralogista que reconociendo, estudiando y sondeando las venas de la mina, señala, determina y distingue las abundantes de las estériles, las útiles de las perjudiciales, dispone y ordena todo lo conveniente y necesario para un feliz laboreo, y en una palabra, clasifica los diferentes distintos metales para su respectiva fundición.

Si no es fácil por desgracia hallar bibliotecarios como el Demetrio, á quien los Ptolomeos confiaron la biblioteca de Alejandría, ésto convenirse de que las importantísimas funciones de su ministerio reclaman y requieren genio, ideas,



conocimientos, circunstancias y talentos nada comunes.

Penetrar el origen y filiacion de las ciencias; conocer los vínculos y relaciones de las artes; seguir de siglo en siglo, de edad en edad la cronología de los artistas y escritores; separar, distinguir la riqueza intelectual de todos y cada uno de los pueblos que supieron adquirirla y aprovecharse de su posesion, de manera que las épocas gloriosas de su literatura esten tan bien grabadas en la memoria, que los siglos de Homero, Platon, Tucídides, Xenofonte, Hipócrates, Methon, Phidias y Apeles, y de los Aratos, Fociones, Zenones y Epicuros no se confundan ni embaracen; y los reinados de Alejandro, de los Ptolomeos y Attalidas presenten claros los límites de su científico patrimonio respectivo: llevar escrupulosa cuenta y razon de los progresos de las ciencias igualmente que de los de las armas de los romanos, despues que adoptaron las artes de los Etruscos, y por rabia ó envidia destruyeron los preciosos monumentos que aquellos hijos, discípulos de la antigua Grecia, erigieran en los períodos mas brillantes de su prosperidad: pasar de los ensayos de Ennio, Lucilo, Plauto y Caton el Censor, á las inmortales producciones de Lucrecio, Catúlo, Terencio, Cesar, Salustio y Ciceron: ver cómo á éstos sucedieron de pronto los

Virgilio y Horacios, los Livios y Fedros, con los demas que supieron comunicar el eminente brillo de su gloria al siglo de Augusto: poner una línea de separacion entre estos últimos y los Plinios, los Sénecas, Lucanos, Tácitos, Marciales, Quintilianos, Ptolomeos, Papinianos y Vitruvios: distinguir entre las sombras espesas de la ignorancia, producto triste y doloroso de la invasion de los bárbaros, los hermosos rayos de luz que sobre el horizonte literario derramaron Boecio, Casiodoro, Procopio, Sinmaco, el reino de Carlo Magno y el grande Alfredo, Avicena, Abelardo y su Eloisa, Aberroës, Roberto de Sorbona, Mateo de París, Alberto Magno, R. Bacon, J. de Meun, Lulio, Dante, Joinville, P. de Cugnieres, Bartolo, J. Boccaccio y el Petrarca; Wiclef, Froissart, P. d'Ailly, L. Aretino y J. F. Poggio: recoger de entre los árabes, omnipotentes en Europa, Asia y Africa, sus monumentos literarios, y sobre todo los poéticos, que el genio oriental produjo en todos los puntos de su dominacion inmensa: hé aqui los primeros fundamentos y bases sobre que el bibliotecario debe y ha de construir el edificio de sus conocimientos.

La revolucion que produjeron en la bibliografía Guttemberg, Fausto y Schoefer hácia el fin de los siglos de ignorancia, engrandeci6 y ensanchó el trabajo del bibliotecario, haciéndole

mas facil y accesible. Paso á paso va siguiendo los de las generaciones literarias en su rápida sucesion. Abrenle esta vasta carrera Bessarion, A. de Palermo, J. de los Ursinos y Villon: en pos de ellos vienen Agrícola, Boyardo, A. Policiano; y síguenles Calepino, Colon, F. de Comines, J. Despautere, Saint-Gelais, T. Pontano y el escéptico Pomponacio que cierra el siglo XV. ¿Y cuánto de gozarse ha en el siguiente? ¡Qué mies tan abundante y rica para su memoria! ¡Qué de preciosos é interesantes monumentos para sus registros y minutas bibliográficas! ¡Qué luminoso y esplendente brillo difunde y esparce por el mundo sabio el siglo de Francisco I y Leon X!

Aparece de pronto la filosofía con Paracelso, Erasmo, Agripa: la poesía con Ariosto, Bembo, Marot, Sannazaro: la política con G. du Bellai, Maquiabelo, T. Moro: los descubrimientos científicos con Copérnico, Cortés y Magallanes: las bellas artes con Mantuano y Rafael: la historia con Guicciardino, A. Manucio, P. Emilio y Polid. Virgilio. Casi al lado de estos se encuentran R. Stéphano, los sabios de Thou, Scalígero, Joviano, Fracastor y P. Jovio; con los amables poetas Aretino, Trisino, Pibrac y Margarita de Navarra: M. de l'Hopital, modelo de legisladores, el imperturbable Zarabella, Buchanan, Dannes, Cardano, Rabelais y Mureto literatos muy

estimables, á quienes acompaña Miguel Angel, una de las águilas de la pintura, que siéndolo, no eclipsa el brillo con que se distinguen en el templo de la memoria los Ticianos y Veroneses.

Luego despues llega Clio presentando á J. Amiot, Du-Bartas, Baronio, A. Manucio el joven, para la literatura: á Bodin y Sully para la política: J. Lipsio, J. Scalígero, G. Vossio para las investigaciones sabias y cronológicas: Guicoquille y Cujacio para la jurisprudencia. Ufana y alegre Euterpe trae de la mano á Ariosto y Tasso: Tersícure, formando pasos cadenciosos y medidos, repite y glosa algunos cantos de Regnier, Desportes y Passerato: viénese apoyada en E. Pasquier y T. Beza, Erato con su lira: mide Urania los cielos con Ticho-Brahe: Polymnia, en medio de la numerosa caterva de filólogos y artistas que la obsequian, se sonrie y complace con Caraccio, Plantino, Stéphano, los Pithou, Montaigne y Charron: Caliope regala su trompa al Tasso y á Camoens: por último Talía y Melpomene, desde lo mas alto de los groseros y ridículos teatros que entonces les consagraban nuestros buenos y devotos abuelos, llaman á la escena á los Sofocles y Terencios.

El siglo XVII se acerca: en su advenimiento mismo da gloria al espíritu humano, opulencia

á la bibliografía, placeres á la imaginacion, y hasta envanece á la filosofía. La inmensa nomenclatura que ostenta, por mas ó menos interesante que sea, no permite ni consiente producirla ni presentarla en estas líneas.

Pero el bibliotecario debe conocer bien las plantas vivaces, robustas que adornan y hermo-sean los espaciosísimos campos de la bibliografía, desde el humilde y verde brezo hasta la majestuosa y mas erguida encina que esconde su copa en las nubes: debe ver cómo destellan y se desgajan torrentes de luz por todos los ángulos de la cultura Europa: cómo se honra la Inglaterra con su Bacon, Cambden y Shakespeare: la Escocia con su Barclay: la Bélgica con Wandick, Grocio y Heinsio: la Italia con Campanella, Dávila, Dominiquino, Galilei, Guarini y Marino: cómo, preparando el lustre y esplendor de las próximas generaciones, la Francia se goza con la lira de Malherbe y de Brebeuf, el telescopio de Descartes y Gassendi, las lámparas silenciosas de Mersenne, y con los Petau, Naude, Saumaire, Ste. Marthe; con el espejo de La Mothe-le-Vaayer y Pascal, el buril de los de Thou, Brantome y Rapin-Thoyras, la pluma de Voiture y Vangelas, el coturno de Rotrou, el caramillo de Scarron y Sarrasin, las escalas de Sanson, y hasta con las clavijas de Billaut: la Alemania con su Kepler

y Rubens: Ginebra con Casaubon; y la España con su Cervantes y Lope.

Prescíndase, si se quiere, de saber y estudiar en las grandes nomenclaturas: mas si el bibliotecario no conoce los autores y sus obras sino por los títulos ó frontis, como los ecos repetidores de catálogos, y los parleros, locuaces pomposos ignorantes de quien habla Séneca, debe reputarse de todo, en todo y por todo inferior y muy distante de desempeñar las delicadas é importantes funciones de su ministerio, y será tan poco útil para los progresos de las ciencias, como el centinela ó guardia que se coloca á la puerta de un edificio ó monumento público.

Así que conocer el pensamiento, el objeto, los fines, las ideas y el sistema ó sistemas de los autores; no ser extrangero á ninguna de las artes liberales ni mecánicas; tener nociones al menos generales, pero exactas y filosóficas de las principales lenguas antiguas y modernas; no ignorar ninguna de las revoluciones que experimentaron los libros y las varias ediciones que les dieron nueva vida, debe ser y es tan indispensable y esencial al bibliotecario, que sin ello no merece este hermoso nombre, y menos que se le confie el depósito de los conocimientos humanos.

El hábil director habrá de conferenciar y preguntar á los mas distinguidos bibliógrafos,

y á los impresores á quien la tipografía debe su perfeccion : habrá de ofrecer y mostrar á los bibliófilos y curiosos los primeros y raros ensayos de Guttemberg y sus compañeros en Alemania : las sabias ediciones de los Stéphanos en Francia ; de Roberto Stéphanos y de Badio en Ginebra ; las de los Simones en París ; de Constantino en Caen ; las de J. Badio , á quien se debe , si no la invencion , el uso familiar de los caracteres redondos ó romanos en lugar de los góticos que generalmente se usaban : las pruebas mas elegantes todavía de los cuatro hermanos Elzevirios , por las que se immortalizan las ciudades de Leyden y Amsterdam : las del Vaticano , bajo la direccion de los Aldos y Manucio de Venecia y de Vascosan asociado á los Badios y Stéphanos que por la belleza de los caracteres y papel , las espaciosas márgenes y correccion , adquirieron un nombre distinguido y para siempre memorable.

No por esto el bibliotecario dejará de prestar el homenaje de admiracion debida á los sucesores de aquellos beneméritos profesores. Los Creech, Maittaire, Baskerville, no le impedirán apreciar, como es justo, los talentos de Havercamp, Barbou, Coustelier, Baudoin, y sobre todo de los Didot, cuyas ediciones con las estereotipas hicieron una revolucion muy preciosa, y forman ya una época muy notable en bibliografía y tipo-

grafía ; y de los Bodoni é Ibarra , de quien se mira en todas partes la edicion del Salustio como un modelo de ejecucion tipográfica.

Debe el bibliotecario consultar á los sabios bibliógrafos y bibliófilos, no solo para distinguir las verdaderas y legítimas ediciones de las falsas y adulterinas, sino tambien para entender á los autores, y estimar el mérito de las obras y de las impresiones y reimpressiones respectivas : y consultando, estudiando, meditando y siguiendo los pasos de los grandes maestros formará el plan y los métodos convenientes para presentar en un orden facil y luminoso la filiacion de los conocimientos humanos : plan y métodos que pueden ser tanto mas vastos, cuantos mas y mas recursos bibliográficos tenga ; es decir, cuanto mas rico y mayor sea el depósito literario puesto á su cuidado y bajo su direccion, y de aquellos que siendo tan grandes ó mayores que los de Alejandría y Pérgamo, anuncian en su magestuosa abundancia las luces de una gran nacion.

Las bibliotecas públicas y aun las privadas deben presentar de golpe algunos de aquellos grandes resultados que halagan los sentidos y la imaginacion, pican la curiosidad y no empachan el espíritu. Veráse tal vez en muchas partes la opulencia amontonando millares de volúmenes comprados á peso de oro, sin ningun discerni-

miento ni otro fin que el de adornar con ellos y sus armarios los salones de aparato. Veráse en otras el amor, ó mas bien la idolatría, por la obscura antigüedad, que se afana en juntar viejos, polvorosos y maltratados ejemplares, acaso poco ó nada auténticos, de la literatura siriaca, hebrea, etrusca, árabe, céltica, china ó gótica; preferirlos á las venerandas é inmortales producciones de Grecia y Roma; y sepultándose en la bibliografía del siglo XV, abandonar y despreciar las infinitas riquezas del XVII, XVIII y XIX. Aquí por otra, pero contraria, especie de idolatría y ceguedad, en obsequio de la moda y el capricho, se anteponen y buscan con preferencia exclusiva las ediciones de gran lujo, las magníficas costosas encuadernaciones para divertir y para que se admiren el bello marroquí, el primoroso tafílete, los dorados y relieves, y ofrecer con este ridículo y criminal abuso de la ciencia y la riqueza, vistosas, uniformes series ó filas en los radios ó anaqueles compartidos por antojo en estantes suntuosos. Acá semi-sabios, ó presumiendo ó cacareando erudicion los unos, los otros estáticos y absortos entre inmensas colecciones, ora haciendo alto, misterioso secreto del orden y distribución bibliográfica de aquellas; ora paseando de sala en sala con grave continente y ademan, ó por entre voluminosos índices, y en medio de innumerables

paquetes y manojos de cédulas clasificadas, abriendo á tiempos aquellos catálogos, como allá los hierofantas de Egipto ojeaban sus libros sagrados, y solo á medias enseñaban los geroglíficos á algun Platon ó Pitágoras. Acullá la ociosidad dormida sobre grandes in folios, y ciertos pesadísimos comentadores, que solo se despierta para condenar al fuego alguno de los libros de la Eneida del divino Virgilio, estas ó aquellas odas y epístolas de su amigo Horacio, y los ensayos de Montaigne.

Hubo un tiempo en que las sectas enemigas entre sí llevaban hasta el santuario de la bibliografía su espíritu de intolerancia y sus sistemas de anatema y proscripción: en que bandos contrarios y diametralmente opuestos se excluían á porfía de los átrios del templo de la memoria; en que el fogoso y virulento Calvino anatematizaba al indulgente y paternal Leon X, y éste fulminaba los rayos del Vaticano contra aquél; en que la célebre sociedad, en donde se formaron los Petau, Rapin, Vaniere y Bourdaloue, no queria habitar en el mismo horizonte que los sabios de Port-royal y vice versa; y por decirlo de una vez, hubo un tiempo en que los partidarios y satélites del absolutismo y la supersticion renovaban en sus bibliotecas patrimoniales los excesos y furores de un Omar, la intolerancia de

un Gregorio, y las proscipciones del Parlamento y la Sorbona, mandando quemar las obras inmortales en que la filosofía y la razon consignan los eternos principios de la verdad y la justicia, hijas del cielo.

El bibliotecario, superior á todas las preocupaciones de cualquier linage que sean, á todo sistema de exclusion, á las fantasías del lujo, á las pequenezas de la semi-erudicion y al vértigo del ominoso y abominable charlatanismo, no jurará ni adoptará ninguno de los métodos que directa ó indirectamente propenda ó conspire á estrechar ó comprimir los límites del espíritu y la razon. El bibliógrafo, como el historiador, sin dejar de pertenecer á su pais, es el amigo natural de todos los de la tierra.

Vosotros, los que sois llamados á dirigir y cuidar de cualquiera de los templos consagrados á las ciencias y á las artes, penetraos de la alta importancia de vuestras funciones: llenad vuestra alma de ideas grandes, liberales; y á este fin recorred las capitales del mundo sabio y pensador; y cuando no podais, ved al menos los libros que os envian: ved y gozad en ellos de los encantadores espectáculos que os presentarán los monumentos de las artes y las ciencias, los augustos santuarios donde presiden hoy mismo Buffon, Daubenton, Thouin, David, Lenoir. Ved y ve-

reis magníficas galerías adornadas con las nativas producciones de cada clima, de cada elemento, tan distantes y tan distintas de las profusiones engañosas del falso lujo. Vereis como las riquezas de la naturaleza se presentan ordenadas cual deben á la observacion y estudio del curioso espectador. Vereis como los géneros, clases, especies y familias distinguen al insecto y al réptil de su semejante, al ave del ave, al cuadrúpedo del cuadrúpedo, al pez del anfibio. Vereis el juego encontrado de las maravillas que ofrece y ostenta la naturaleza. ¡Cómo diferencia los climas! ¡qué brillo regala al diamante de Golconda y Visapour! ¡qué variedad de colores, qué cambiantes peregrinos esmalta en la concha de los mares orientales! ¡qué corpulencia da al reptil, al insecto americano, respecto de la que tienen estas familias en Europa!

Si de aqui pasais á los museos de las artes, observareis que á cada siglo corresponde un especial santuario, donde se colocan debidamente los informes primeros ensayos, y las obras perfectas y acabadas.

Y en el seno de las grandes bibliotecas ¡qué momentos, qué horas deliciosas pasará el bibliotecario! ¡Qué sabrosos y dulces éxtasis embargarán sus sentidos y potencias! ¡Cuántas reflexiones útiles y provechosas hará sobre la inmensu-

rable extension del entendimiento humano!

Colocad sobre la cumbre mas elevada de los erguidos, orgullosos Alpes á Buffon, y ved como identificar, si es posible, vuestras almas con la suya para gozar completamente del vasto y magnífico espectáculo que á la vista se presenta. Verdes llanuras, en cuyos abundosos pastos vejetan y se reproducen rebaños innumerables: las crestas de las montañas cubiertas de eterna nieve: cabañas, aldeas, lugares, villas, ciudades, provincias, reinos, imperios, gobernados por leyes y usos diversos: antiguos bosques, valles oscuros, rocas brutas descansando sobre el borde de horrorosos precipicios; hondas cavernas donde las aves nocturnas esconden sus costumbres feroces: bosquecillos de higueras, naranjos, limones, en que los inocentes pajarillos ostentando la brillante variedad de su plumage, en cadenciosos trinos saludan y celebran sin cesar la presencia del sol y las bellezas del dia.

Por mas grandioso y sublime que sea este espectáculo, ¡cuán pequeño y limitado aparecerá á los ojos del hombre ilustrado que dirige la distribucion de un gran depósito bibliográfico, y conoce todas sus riquezas! ¡Cómo se le presentan las artes todas de la industria y sus mecánicos secretos! ¡Cómo las revoluciones físicas, morales, religiosas, políticas y filosóficas del globo

se suceden! ¡Cómo nacen las naciones, y prosperan, y se engrandecen, y decaen! ¡Cómo las lenguas divinas de Homero y Virgilio arrebatan y trasportan á quien los oye, sobre una esfera celestial! ¡Cómo la elocuente, fulminante voz de Demóstenes y Ciceron reune en derredor de ambos el universo entero atónito y asombrado! ¡Cómo Reaumur y Buffon, inspirados por la naturaleza, pintan las costumbres de todos los seres vivientes, desde las repúblicas de la laboriosa abeja hasta los aislados albergues del monstruoso elefante; desde las brillantes castas de la mariposa que besa blándamente las flores hasta las familias poco numerosas que giran á merced de las tempestades! ¡Cómo Arquimedes empuña su palanca y se dispone á desquiciar el globo que habitamos!

Es verdad que ni en todo ni siempre se hallan grandes imágenes, ni ideas dignas de la razon; y por desgracia los extravíos y abortos del espíritu y el corazon no forman la parte menos voluminosa de la bibliografía. Asi es que se ven precipicios, abismos que espantan y horrorizan: áridas montañas, yerbas ponzoñosas al lado de las saludables: serpientes escondidas entre el cespced y las flores..... Pero el bibliotecario puede escoger y colocarse en todos los demas puntos de su vasto horizonte, y sentarse donde Anacreonte, Teócrici-

(36)

to, Virgilio, Horacio y Tibulo cantan dulcísí-
mamente las inspiraciones de Erato; y Luciano
y Apuleyo, Swith y Sterne, Cervantes y Mon-
tesquieu, Le-Sage y Marmontel encantan á quien
los oye.

A fin de procurar sólidos placeres y mayores
ventajas literarias, el bibliógrafo debe sujetar sus
meditaciones á una variedad metódica, que solo
se consigue y resulta de un buen plan razonado
ó sistema de clasificacion.

Estableciendo este orden, no perderá jamas
de vista el bibliotecario las obligaciones sagradas
que le imponen la filosofía, la patria y la huma-
nidad. El se debe al público, y mas particular-
mente á los amigos verdaderos de las ciencias que
quieren hallar en él una biblioteca viva, y espe-
ran sacar mas fruto y auxilios de su compla-
ciente erudicion que de todos sus índices, sus
tablas alfabéticas y sus series y cédulas numera-
das. Débese á una juventud curiosa y sedienta
de instruccion, para quien será afable y segura
guia que la conducirá á las fuentes mas accesi-
bles y puras. Debe ser el compañero útil, el ilus-
trado amigo, el permanente consejero de todos
los profesores de las ciencias, en cuya union tra-
bajará para mejorar, facilitar y generalizar la
instruccion. Débese principalmente á la prospe-
ridad de su pais, del cual ha de conocer á fondo

(37)

las riquezas intelectuales, y los recursos y me-
dios de aumentarlas.

Apenas habrá en la tierra pueblo alguno que
no haya tenido su numen tutelar, sus penates ó
dioses locales, si puede decirse asi. Su catálogo
no es pequeño, ni propio de esta ojeada.

El bibliotecario, para quien no debe ser age-
na ni extraña especie alguna de conocimientos,
no olvidará ni desatenderá los museos y gabi-
netes de antigüedades y medallas, las colecciones
geográficas, los depósitos ó panteones de las ar-
tes y la historia natural, y los archivos de la le-
gislacon. Por todas partes llevará el espíritu de
orden y de luces que debe presidir á la distribu-
cion y clasificacion de su biblioteca.

¡Qué recursos ofrecerá á los artistas, á los
amigos de las letras, á los administradores ilus-
trados y celosos, á los buenos, virtuosos ciuda-
danos, á todos los talentos en fin una biblioteca
sabia, metódicamente clasificada, dirigida, ser-
vida y fomentada con todas las riquezas nuevas
que dilaten y extiendan la esfera de los conoci-
mientos humanos, y auxiliien y ayuden para
conseguir y alcanzar las mejoras y bienes que la
nacion reclama hay tanto tiempo, y aun no, no
pudo conseguir ni alcanzar!

